



Pat Barker
El camino fantasma

Trilogía Regeneración. Volumen III



Galaxia Gutenberg

PAT BARKER

El camino fantasma

Traducción de
Irene Oliva Luque

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *The Ghost Road*
Traducción del inglés: Irene Oliva Luque

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2019

© Pat Barker, 1995
© de la traducción: Irene Oliva Luque, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 3280-2019
ISBN: 978-84-17747-07-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para David

Ahora todos los caminos llevan a Francia
y cansino es el paso
de los vivos; pero los muertos
que regresan, ligeros, bailan.

«Caminos», EDWARD THOMAS¹

1. Traducción de Ben Clark recogida en *Poesía Completa* de Edward Thomas, Ediciones Linteo, Ourense, 2012.

Primera parte

I

En tumbonas a lo largo del paseo marítimo, las rodillas rosadas y pelonas de los empresarios de Bradford hozaban el sol.

Billy Prior se apoyó en el espigón. Tres o cuatro metros más abajo una familia recogía sus cosas antes de emprender la caminata de vuelta a la pensión o la estación del tren. Una mujer gorda, de mediana edad y con unos pies hinchados que sobresalían de unos zapatos de cordones, un hombre con una tonsura color langosta –Dios mío, mañana lo lamentará– y una criatura, un niño, al que una mujer joven secaba con una toalla. Su pequeña borla se agitaba mientras él, de pie y con la boca abierta por el dolor, bramaba «Mamá-á-á». La arena húmeda era el problema. Siempre lo era, recordó Prior. Por mucho cuidado que se pusiera al caminar de puntillas desde la orilla, las piernas volvían a rebozarse de arriba abajo y la toalla siempre hacía daño.

El niño trató de escabullirse y la madre le propinó un fuerte bofetón, que le dejó marcas rojas en las nalgas rechonchas. Dejó de gritar, tragó saliva por el susto y se decantó por un lloriqueo persistente. La mujer mayor protestó:

–A ver, Louie, tampoco hay que ponerse así. –Agarró la toalla–. Venga, trae para acá, que no tienes paciencia, leñe.

La chica –que en realidad ya no era ninguna chica, sino una mujer de quizá veinticinco o veintiséis años– se apartó, resentida aunque también aliviada. Se veía cuál era su problema. Estaba casada, pero la guerra, ya fuera por haberla dejado viuda o simplemente por haberle arrebatado a su marido, la había reducido a una situación de tutelaje en casa de su madre, y además, ¿qué sentido tenía aquello? Un hilo de lefa caliente resbalándole por el muslo, los meses de pesadez, el niño nacido en una efusión de sangre: si todo aquello no te daba derecho al estatus y la independencia de una mujer, ¿qué te lo daba? Ah, y luego estaba la frustración. Su antigua

cama estrecha de soltera, o tal vez una cama de matrimonio compartida con el niño, oyendo los ronquidos, los pedos y el chirriar de la cama de sus padres, al otro lado de la pared.

Rebuscó en el bolso y sacó unos billetes de autobús, un peine, un monedero, hasta dar por fin con un paquete de Woodbines. Dejó que el cigarrillo pendiera húmedo de su labio inferior mientras buscaba a tientas las cerillas. Tenía los labios carnosos, de un pálido rosa salmón en el centro que se oscurecía hasta un rojo parduzco en las comisuras. Levantó la vista, lo pilló mirándola y se ruborizó, no con agrado –la lujuria de él era demasiado descarada para resultar aduladora–, pero, no obstante, sí arrastrada por ese mismo agrado hacia el recuerdo de su juventud libre de cargas.

Su madre ayudaba al niño pequeño a ponerse los calzones; la mano de él, una estrella de mar llena de hoyuelos sobre el ancho hombro de ella. La llamarada de la cerilla atrajo su atención.

–Por el amor de Dios, Louie –espetó–. Si vieras lo ordinaria que pareces...

La mirada fija de Louie no se había desviado. Su madre se dio la vuelta, entornó los ojos hacia el sol y vio la inconfundible silueta en la que se leía *oficial*. «Buscad las rodillas delgadas», les decían a los francotiradores alemanes, pero donde ellos veían una presa, esta mujer veía un depredador. De haber sido un soldado raso, le habría preguntado qué puñetas hacía allí papando moscas. Dadas las circunstancias, lo que dijo fue:

–Estamos teniendo suerte con el tiempo, señor.

Prior sonrió, divertido, al reconocer la forma de hablar de su madre, el acento refinado de la clase obrera.

–Esperemos que dure.

Se despidió llevándose la mano a la gorra y se retiró, pensando, al tiempo que se alejaba paseando, que la chica no estaba ni viuda ni casada. El modo en que la voz de la madre se había quebrado por el pánico al pronunciar la palabra *ordinaria* lo decía todo. Louie no tenía las rodillas pegadas, ni muchísimo menos, ni siquiera después del niño. Y su madre tenía toda la razón, con ese pitillo metido en la boca parecía ordinaria. Gloriosa, irresistible y follablemente ordinaria.

Debía emprender el camino de vuelta al cuartel. Faltaba menos de una hora para su examen médico y era obvio que lo ideal no era llegar sin resuello. No tenía ningún derecho a vagar por el paseo

marítimo mirando a las chicas. Pero aun así las miraba, atesorando la pelusa dorada de un brazo desnudo, la sombra azulada entre unos pechos apretujados por un corsé, inspirando el olor a lavanda acentuado por el sudor.

El estruendo de la música en el interior del parque de atracciones lo atrajo hacia la entrada. Hasta ahora, los únicos hombres jóvenes que había visto hoy iban en uniforme, pero aquí había hombres igual de jóvenes que él vestidos de paisano. Trabajadores de las fábricas de munición. Uno de ellos charlaba con una muchacha cuya piel era de un amarillo intenso. Sintió cómo de forma automática le empezaba a subir la bilis y se dio la vuelta para marcharse, obligándose a contemplar la hierba pelada. Una niña, que sujetaba un palo de algodón de azúcar, se volvió para mirarlo, atraída por el hombre que permanecía tan quieto en medio de todo aquel remolino de luces y personas. Él la sorprendió mirándolo y sonrió, al recordar el suave dulzor del algodón de azúcar que se transformaba en un fango pegajoso en el cielo de la boca. Ella torció el gesto y le dio la espalda, aferrándose a las faldas de su madre. Muy prudente.

Al proseguir su camino, su sonrisa se desvaneció. Él también podía haber trabajado en la fábrica de municiones, pensó. Fuera de peligro. Forrado de pasta. Su padre se las habría arreglado para colocarlo en algún buen puesto seguro y reservado para él, y tampoco lo habría despreciado por aceptarlo, a diferencia de muchos otros padres. El enclenque mequetrefe al menos se habría comportado como un enclenque mequetrefe sensato si se hubiera negado a luchar en la guerra de «los patronos». Pero él jamás se había planteado seriamente hacerlo.

¿Por qué no?, se preguntaba ahora. Porque no quiero ser uno de ellos, pensó, al recordar la mano de uno de aquellos trabajadores dándole una palmadita en el trasero a una chica mientras la ayudaba a subir en el barco pirata. No por el sentido del deber, ni por patriotismo, ni por el temor al qué dirán, en absoluto era por eso. No, por una suerte de... quisquillosidad. De pequeño, una vez se escondió en el bolsillo de los pantalones unos pedazos masticados de ajo grasoso porque era incapaz de reunir el valor para tragárselos, y su padre, cuando el crimen salió a la luz, con un tono de rotunda indignación dijo: «Este crío es demasiado tiquismiquis para la vida». Demasiado tiquismiquis para la vida, pensó Prior.

Ahí lo llevas, todavía lejísimos de Francia y ya con un epitafio. Aquella idea lo animó una barbaridad.

Para entonces ya iba ascendiendo la colina que llevaba al cuartel, una subida que cortaba el aliento, pero se las estaba arreglando sin problemas. Su asma iba bien por el momento, mejor de lo que había ido en meses. De todas formas, quizá fuera buena idea sentirse tranquilamente en algún lugar unos minutos antes de entrar en la sala de reconocimiento médico. A fin de cuentas, lo único que podía hacer era presentarse en un estado razonable y responder a las preguntas con franqueza (o por lo menos no contar ninguna mentira que pudiesen descubrir fácilmente). La decisión la tomarían otros. Como siempre.

Aunque había logrado ser él mismo quien tomara al menos una decisión.

Sus pensamientos discurrieron hasta Charles Manning y la última velada que habían pasado juntos en Londres.

—¿Te has parado a pensar en lo que ocurrirá si no te mandan de vuelta? —había preguntado Manning—. Seis meses, por lo menos seis meses, probablemente hasta el final de la guerra, asegurándote de que los nuevos reclutas se lavan entre los dedos de los pies.

—Podría tener su gracia.

—Haciendo un sinfín de trabajos totalmente rutinarios que cualquier otro podría hacer igual de bien. Estarías mucho mejor trabajando en el ministerio. No puedo prometerte mantener la plaza vacante.

—No, gracias, Charles.

No, gracias. Pasaba ahora por delante del hotel Clarence Gardens, donde había estado estacionado durante un breve periodo el invierno anterior, antes de recibir la citación para presentarse en Londres. Allí había trabajos rutinarios de sobra. Él y Owen, otro de los chiflados, habían llegado el mismo día, y a ninguno de los dos los recibió el oficial al mando. Los destinaron a «tareas ligeras». Prior se convirtió en un burro de carga administrativo, poniendo orden al caótico sistema de archivos del batallón. Owen salió todavía peor parado, metiéndoles prisa a las limpiadoras, encargando la verdura, inspeccionando las tazas del váter en busca de manchas antimilitares. Mitchell se las había hecho pasar canutas. A Prior le tocaba por las mañanas, cuando estaba de un absoluto humor de

perros; a Owen por las tardes, cuando el brandy ya lo había suavizado ligeramente.

—*¿Qué esperas?* —decía Prior cuando Owen se quejaba—. *Ha perdido dos hijos. ¿Y quién aparece en vez de ellos? Un par de sarasas de un loquero en Escocia.*

Silencio de Owen.

—*Eso es lo que se piensa, eh.*

Al llegar a la entrada del cuartel, lo adelantó un pelotón de hombres en camiseta de tirantes y pantalón corto que volvía de correr campo a través; dio un paso atrás para dejarlos pasar. Muslos desnudos salpicados de barro, vapor elevándose desde sus pechos sudorosos, ojos vidriosos, bocas desencajadas, y mientras lo superaban con paso pesado y jadeantes, reconoció a Owen a la cabeza de la columna, volviéndose para saludarlo con la mano.

—Cielo santo —dijo Mather, mientras Prior se quitaba la camiseta—. No ha hecho usted mucho ejercicio al aire libre últimamente, ¿cierto?

—He estado trabajando en el Ministerio de Municionamiento.

Mather era de mediana edad, de pómulos surcados y pelo rubio rojizo, astuto.

—Está bien, bájese los calzones. Agáchese.

Siempre iban directos al culo, pensó Prior al tiempo que obedecía. Un ejército marcha con el estómago y renquea con las hemorroides. Sintió unos dedos enguantados sobre las nalgas, separándolas, y pensó: Hombres mejores que usted han pagado por esto.

—Veo que tiene asma.

—*¿Ahí?*

—Sí, señor.

—Dese la vuelta.

Otro gesto excesivamente íntimo.

—Tosa.

Prior carraspeó.

—Le he dicho que tosa. —Le metió los dedos—. Otra vez. —La mano cambió de lado—. Otra vez.

Mientras recobraba el aliento Prior se dio cuenta de que respiraba con dificultad.

—¿Desde cuándo?

Prior puso cara de póquer, luego tartamudeó.

–S-seis meses, señor.

–¿Seis meses? Pero aquí dice...

–Me refiero a que el médico se lo dijo a mi madre cuando yo tenía seis meses, señor.

–Ah. –Mather pasó una página del expediente–. Eso tiene más sentido.

–Al parecer no toleraba la leche.

Mather levantó la vista.

–Era usted un mocoso rarito, ¿eh? Bueno, será mejor que echemos un vistazo. –Cogió el estetoscopio y fue hacia Prior–. ¿Qué hacía en el Ministerio de Municionamiento?

–Servicio de inteligencia, señor.

–Oooh, muy impresionante. ¿Pilló a alguien?

Prior miró sombríamente al frente.

–Sí.

–Aquí una patrulla pilló a un espía alemán en los acantilados.

–Mather resopló al colocar el estetoscopio–. O más bien le hicieron cosquillas con las bayonetas a un palurdo de la zona.

Prior empezó a decir algo, pero Mather estaba concentrado en escuchar su pecho. Pasados unos minutos, se puso derecho.

–Sí, tiene un leve resuello. –Le llamó la atención la cicatriz del codo de Prior. Giró el brazo hacia él.

–Del Somme –dijo Prior.

–Debió de dolerle.

–Digamos que la expresión *hueso de la risa* no me pareció del todo apropiada en aquel momento.

Mather regresó a su escritorio y se sentó.

–A ver si lo he entendido bien. Le dieron de baja y lo repatriaron por neurosis de guerra. ¿Correcto? ¿En abril del año pasado?

–Sí, señor.

–Y primero lo enviaron a Netley y luego al Hospital de Guerra Craiglockhart, donde permaneció hasta... noviembre. –Levantó la vista–. Supongo que, en lugares así, la dipsomanía está a la orden del día... El alcohol, hombre, ya me entiende –explicó, ya que Prior seguía sin ninguna expresión en el rostro.

–De eso no vi nada, señor. De haberlo visto, sin duda habría bebido.

–Veamos, ¿cuáles eran sus síntomas?

–Perdí el habla, señor. Algunos lo consideraron una mejora del modelo básico.

Pero Mather estaba leyendo, no escuchando.

–W.H.R. Rivers –dijo–. Lo conozco. Iba dos años por delante de mí en Bart’s. Tartamudez por parálisis.

Prior exhibió un gesto contrariado.

–No.

–¿Ah? Él también recuperó la voz. Debe de ser bueno. –Dio un golpecito a una hoja de papel–. El informe de alta dice asma.

–Me dieron dos ataques estando allí.

–Hmm. –Mather sonrió–. ¿Algún problema con los nervios ahora?

–No.

–¿Apetito?

–Podría comer más de lo que me dan.

–No es usted el único, chaval. ¿Duerme bien?

–Anoche no. Las puñeteras goteras de la tienda.

–¿Por lo general?

–Duermo bien.

Mather se recostó en la silla.

–¿Cómo entró?

–Por la puerta.

El dedo índice de Mather se disparó.

–Cuidado, chaval. ¿Cómo entró en el ejército?

Un breve forcejeo con la tentación, que acabó como solían acabar los forcejeos con la tentación de Prior.

–Le mentí al doctor, doctor.

Para su sorpresa, Mather se echó a reír, una carcajada fugaz.

–Todo el mundo mentía –dijo Prior.

–Es cierto, lo recuerdo bien. Vi cómo venían a alistarse hombres que se habían escapado por la ventana de la enfermería del hospicio. Sífilis, epilepsia, tuberculosis, raquitismo. Un chavaa, con una vocecilla de pito, ni un pelo en el bigote, catorce años a lo sumo, me miró a los ojos y juró por su madre que tenía diecinueve. –Mather sonrió, dejando ver unos dientes marrones–. No se me coló ni uno.

Mierda.

–Entrenamiento con gas –dijo Mather.

Silencio.

–¿Y bien?

–Buenísima idea –dijo Prior con sinceridad.

–¿Pasó usted por las casetas de gas?

–No.

–Deben de afectarle concentraciones muy bajas, ¿verdad?

–Me llamaban el canario del batallón, señor. En parte por eso y en parte por mi carácter afable y alegre.

Mather lo miró.

–Vístase.

–La cuestión es que me las he arreglado perfectamente durante tres años. Ni siquiera di parte de enfermedad por el asma o por los efectos del gas, ni una sola vez.

–Sí, chaval. –Mather pareció compasivo de repente–. Y podría decirse que has aportado tu granito de arena.

Un tic en el rostro pálido y orgulloso.

–No soy yo quien debe decirlo.

–Y en Francia, ¿el asma nunca le jugó una mala pasada?

–Nunca.

–Dos ataques en Craiglockhart. Ninguno en Francia. Me pregunto por qué.

–A mi pecho le sentaba bien la vida al aire libre, señor.

–No regentamos un sanatorio, chaval. Venga, vístase. Después siga hacia la izquierda por el pasillo, gire al final a la izquierda y verá una fila de sillas. Espere allí.

Mather entró en la habitación contigua y comenzó con su nueva víctima. Prior se vistió, deteniéndose para enjugarse el sudor del labio superior. Igual que salir de la trinchera a cuerpo descubierto, pensó. No, no lo era. Nada lo era. A los civiles les había dado por emplear esa expresión ahora todo el tiempo. Anoche salí a cuerpo descubierto y pillé un catarro, decían. Prior clavó la mirada en el pequeño espejo detrás del lavamanos para comprobar el nudo de la corbata. Si no lo mandaban de vuelta, se sentiría terriblemente solo, abandonado entre civiles con sus conversaciones insustanciales. Su reflejo se burló: «¿Solo? ¿Tú? Venga ya, tesorito. Siempre puedes dividirte en dos». Al menos la comisión no estaba al tanto de aquello. O más bien no lo estaba siempre y cuando Rivers no les hubiese escrito. Tartamudez por parálisis. No una tartamudez cualquiera. Por parálisis. Interesante, pensó Prior mientras salía de la sala.

Aquel lugar olía a cuartel. Bueno, era un cuartel, aunque el hotel Clarence Gardens, después de meses de uso militar, no había olido

a nada parecido a esto. Se le contrajo la nariz al reconocer los olores: axilas, pies, calcetines, grasa, betún, jabón carbólico, este último haciendo pompas entre los dedos en carne viva de un chico que fregaba el suelo. Un trasero como un camión y una cara a juego, aunque Prior esbozó una sonrisa encantadora de todas formas, porque se lo debía a sí mismo, y siguió su camino a zancadas, dejando un rastro de huellas embarradas sobre el suelo mojado.

Un hombre esperando. Owen.

—La O y la P otra vez —dijo Owen, quitando una pila de revistas *John Bull* de la silla libre y tirándolas al suelo. La última vez que esperaron juntos así fue en Craiglockhart, durante su comisión final.

Prior señaló con la cabeza hacia la puerta.

—¿Quién hay dentro?

—Nesbit. Lleva media hora.

—¿Por qué tarda tanto?

Owen vaciló, luego articuló en voz baja:

—Gonorrea.

Bueno, pensó Prior, era una forma como cualquier otra de librarse de aquello. Y luego pensó: Eres un cabrón sin piedad, ¿cómo sabes que la pilló aposta? Y después: Bueno, yo soy un cabrón sin piedad.

—Yo no tardaré mucho —dijo Owen—. Ya soy personal general.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Arritmia. Me reenganché, pero cuando me hicieron el último examen médico, me volvieron a quitar de la lista en un santiamén.

—¿Que te reenganchaste? ¿Seguro que es el corazón lo que te falla?

Owen se echó a reír y desvió la mirada.

—Me acababa de enterar de que habían herido a Sassoon. Supuse que era lo único que podía hacer.

Sí, pensó Prior, lo era. Se acordó de ellos en Craiglockhart: la peculiar pareja, Sassoon tan alto, Owen tan bajo, el amor que Owen no había podido o no se había molestado en disimular.

—Además —dijo Owen—, ya me estaba cansando de que me tratasen como «un sarasa de un loquero en Escocia».

Prior sonrió.

—Yo también me meto en el mismo saco.

Se dio cuenta de que Owen se había cortado afeitándose. La sangre, en brillantes escamas marrones, llenaba el pliegue entre la mejilla y el lóbulo de la oreja.

—¿Crees que esta vez te irá bien?

—Ah, sí, ya lo creo. He estado corriendo mucho —respondió Owen animado.

—Ya lo vi.

Se abrió la puerta. Salió Nesbit, con aspecto indiscutiblemente pálido.

Owen se puso de pie.

—¿Quieren que pase ya? —preguntó.

—No lo sé —respondió Nesbit.

Owen se sentó de nuevo.

—Es peor que el dentista, ¿eh? —dijo forzando una sonrisa.

Al cabo de unos minutos lo llamaron para que entrara. Prior se quedó sentado escuchando el murmullo de voces, pensando en la puñetera mala suerte que había tenido de que le tocara Mather. Algunos oficiales médicos eran capaces de devolver al frente a un cadáver si se lo ponían derecho por delante, sobre todo ahora que todos y cada uno de los hombres eran necesarios para el último de una larga serie de «empujones finales». Bruscamente, antes de que estuviera listo, la puerta se abrió y salió Owen, que empezó a hablar, pero entonces, al darse cuenta de que el secretario de la comisión lo había seguido, se calló y optó por levantar el pulgar. De lo que Prior dedujo que las posibilidades de Owen de acabar la guerra sordo, ciego, mudo, paralítico, con doble incontinencia, demente, con daños cerebrales o —con suerte— lisa y llanamente muerto acababan de aumentar de forma exponencial. Aquí estamos todos locos, pensó, mientras seguía al secretario para entrar en la habitación, saludaba y se sentaba en la solitaria silla delante de la larga mesa, enfrentándose a todas las miradas con seguridad, aunque tampoco demasiada. Y de verdad, en medio de la locura generalizada, ¿era justo penalizar a un hombre tan sólo porque en condiciones de tensión extrema tendiese a desarrollar dos personalidades distintas? Se podía argumentar que el ejército se llevaba una ganga.

Tras las primeras preguntas empezó a relajarse. Se estaban concentrando en su asma y en los riesgos de una posible exposición al gas, y para esas preguntas tenía una respuesta absolutamente convincente: lo había dado todo en Francia en tres ocasiones y en ninguna de ellas lo habían devuelto a la base ni lo habían repatriado a Inglaterra a causa del asma. Por fiebre de las trincheras, sí; por heridas, sí; por neurosis de guerra, sí. Por asma, no.

Una vez formuladas y contestadas todas las preguntas, Mitchell sacó los documentos y los expuso ante él, palpándolos para ordenarlos. Prior observó las grandes manos blancas salpicadas de manchas de la edad y ensombrecidas por el vello a los lados.

–De acuerdo –dijo por fin Mitchell–. Creo que eso es todo...

La pausa fue tan larga que Prior empezó a preguntarse si volvería a hablar de nuevo.

–Su asma va peor de lo que usted da a entender, ¿verdad? –Dio un toquecito al informe de alta–. Al menos según esto.

–Iba mal en Craiglockhart, señor. Pero puedo afirmar con total franqueza que allí iba peor que en cualquier otro momento en Francia.

–Bien –dijo Mitchell–. Los resultados se publican esta tarde. –Sonrió fugazmente–. No tendrá que esperar mucho.